



Cadenas
de honor

George O'Brien



La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE - Pujó Pss, 10 bis,
Barcelona Tel. 18551

Año I N.º 18

1938 Cadenas de Honor

Producción dramática, interpretada por

GEORGE O'BRIEN

676.55.000

SUPERPRODUCCIÓN «FOX»

Exclusiva de

Hispano Fox Films, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona

CADENAS DE HONOR

Argumento de la película

Siempre ha sido la caballerosidad virtud distintiva de los hidalgos. Tal vez más en antiguas épocas que hoy... Pero aún subsiste...

Ejemplo de inachable caballero era el joven John Ogietree que vivía en la ciudad su existencia de muchacho rico.

Cierta noche llegó a su casa una mujer. Era Evelyn Tayr, una hermosa criatura a la que había conocido en una reunión de te y con la que simpatizara bastante.

Pero Evelyn era casada y John a pesar de que le gustaba, hizo honor a su nombre, evitando todo compromiso.

Evelyn se echó en sus brazos y le dijo llorando:

—¡No puedo permanecer al lado de mi marido ni un minuto más, amigo mío! Su brutalidad... sus celos... son insostenibles.

—¡Señora!

—¡Lléveme lejos de aquí, a cualquier parte... esta misma noche! Más tarde pediré el divorcio... ¡Lléveme con usted!

Su mirada era implorante, llena de insinuación, una mirada lánguida y amorosa.

John vio el peligro que corría y apartó suavemente a su amiga.

—¡Nunca seríamos felices de ese modo, Evelyn! ¡Hay que esperar!

—¡No... no!... ¡Esta misma noche!...

Ya su boca tocaba la de él y John sentía un deseo irresistible de caer en sus brazos.

Y en el momento en que iba a estampar un beso en aquellos labios de fiebre, abrióse la puerta y apareció la figura del señor Tayr, el feroz marido de Evelyn.

John y Evelyn contemplaron con terror al recién llegado.

Este sonriendo brutalmente exclamó:

—¡Ah, canalla!

—¡Caballero... yo le aseguro a usted... — dijo John.

No pudo hablar. Un formidable puñetazo de Tayr le derribó cuan largo era en tierra.

Luego cogió un revólver... Evelyn, horrorizada, forcejeó con su marido, temiendo que disparara contra John. Los esposos lucharon ruidosamente unos momentos y de pronto el arma se disparó y vino a herir en el pecho al señor Tayr quien cayó al suelo pesadamente.

Estaba muerto. La bala le había atravesado el corazón.

Evelyn contempló con un gesto de espanto a su amigo. ¿Qué iba a pasar allí? El temor a ser acusada de un crimen la hizo temblar.

John, noble caballero en todos sus actos, dijo:

—Váyase usted tranquila — dijo—. Su honor quedará a salvo... ¡No tema usted!

Marchó la hermosa mujer y poco después John se entregaba a los tribunales.

Con su característica nobleza no dijo una sola palabra de lo ocurrido. No quiso explicar el por qué de la muerte de Tarr, temiendo comprometer a la esposa. Callaba siempre y todos los interrogatorios fueron infructuosos.

Fue conducido a la cárcel y así pasaron varios días.

Una mañana, Evelyn, que se hallaba trastornada por lo ocurrido, leyó en la prensa:

LA ESPOSA DEL MUERTO SERA LLAMADA A DECLARAR

EL OBSTINADO SILENCIO DE JOHN OGLETHREE
PREOCUPA GRANDEMENTE A SU DEFENSOR

El caso John Oglethree llegará hoy a su punto culminante cuando la esposa del muerto se presente a declarar. Hasta ahora el acusado no ha dicho una sola palabra de su defensa. Su condena es inminente.

Evelyn se mordió los labios. ¿Qué iba a hacer? ¿Declararía la entera verdad o dejaría que John fuese la víctima de aquella tragedia?

Ella amaba a John... pero pudo más la propia conveniencia, el egoísmo... Se marcharía del país, sin declarar nada. Temía comprometerse... y que el mundo al conocer las circunstancias de lo sucedido dudara de su fidelidad de esposa...

Y dijo a su doncella:

—Esta misma noche tomaremos el tren para Nueva York... ¡Voy a Europa!

Y se marchó lejos, mientras el pobre John seguía purgando en una celda un crimen que no había cometido.

La hidalguía de aquel muchacho era tan grande que sufría en silencio su infortunio y el abandono en que le tenía aquella mujer, para no ensombrecer con un hábito de duda la honorabilidad de la esposa.

Que el honor de Evelyn quedase a salvo... que nadie supiera que ella le había visitado una noche en su casa...

Y cumplió con nobleza antigua su consigna de honor.

Pasaron los años.

La mina de carbón "Alamosa" era un vestigio de pasadas épocas de esclavitud y barbarie donde trabajaban presidiarios alquilados por sus dueños al Estado.

El encargado de la mina era Keller, "El Sanginario", hombre de sonrisa más cruel que la herrada cinta de cuero que empleaba para castigar a los trabajadores.

Paul Mortimer era el propietario de la mina, enriquecido a costa del sudor de los reclusos. Una tarde hablaban los dos hombres en su despacho.

—Me debe usted dos mil dólares — decía Keller—. El mes pasado he escamoteado siete mil toneladas al Estado del carbón extraído por los presos.

—¡Cumple usted magníficamente mis deseos! ¡Ahí va el dinero!

Se escucharon en el patio ladridos de un ran juguetón. Mortimer, repentinamente furioso, exclamó:

—Vaya usted y haga callar a ese animal. Esto no es un parque de recreo.

Salió Keller con su sonrisa rabiosa y le siguió Mortimer, contento de la brutalidad que en todos sus actos demostraba el encargado.

Unos reclusos jugaban con un perro que, alegre y saltarín, ladraba de modo estridente.

Keller, de una terrible patada, lanzó al animal lejos de sí y luego descargó su revólver sobre él.

La pobrecita bestia, tras un breve estremecimiento, cayó en tierra toda manchada de sangre.

Contento de su ferocidad, Keller se alejó con Mortimer a ver la partida de nuevos prisioneros que acaba de entrar en la mina.

Los reclusos formaban una larga fila entre cadenas y en la mina iban a encontrar una terrible y dolorosa existencia.

Entre los que aquel día llegaban a aquel trágico lugar figuraba John Ogletree.

Llevaba ya cuatro años de presidio, que habían aumentado en su alma la amargura.

Ahora, al encontrarse en la mina, se preguntaba, extrañado, a qué obedecía aquel cambio de ambiente.

De todos modos, le pareció que esto era mejor que la cárcel y así se lo dijo a Gil, un viejo compañero de cadena.

Este sonrió tristemente.

—Ahora esto parece mejor que el presidio... pero ya verás cuando empieces a sangrar y a respirar polvo de carbón.

—¿Tan malo es?

—¡Es el infierno!

Mortimer y Keller se habían acercado a los reclusos y hablaban con el empleado que los había traído.

Mortimer leyó una de las fichas de los reclusos.

John Ogletree, número 64,021, sentenciado el 11 de mayo de 1923 y condenado por homicidio. Pena impuesta: mínima, un año; máxima, catorce años. Expiración condena: mínima, 11 mayo 1924; máxima, 11 mayo 1937.

Edad, 28 años.

Observaciones: Buena conducta. Digno de confianza.

—Este debe ser el hombre que me envían para que guíe el automóvil de mi mujer! —dijo.

Llamó a John, y éste, humilde y respetuoso, se presentó ante el nuevo amo.

—Oye, chico —le dijo, abarcándole de pies

a cabeza—, te quedarás conmigo como chófer. Y mientras mi esposa no tenga queja de tu habilidad para guiar no tendrás que bajar a la mina. Pero no pretendas huir...

—¿No... no!

—Otros han pretendido hacerlo y les ha costado caro—dijo Keller.

—¡No tengan miedo! Me siento feliz de poder serles útil—dijo John con repentina alegría, viendo que iba a ejercer de chófer en vez de arrancar a la dura tierra el mineral.

—Pues guía. Vamos a mi casa. Te indicaré el camino—dijo Mortimer.

El coche partió velozmente guiado por la experta mano de John.

La casa de los Mortimer estaba próxima al pabellón de los presidiarios.

En ella estaban hablando aquella mañana la señora de Mortimer y Selma Ritchie, enfermera del hospital de la mina.

La señora de Mortimer era la propia Evelyn, la antigua mujer del señor Tarr.

Al regresar ella de Europa se había casado con Mortimer, hombre rico del que se creyó un momento enamorada, pero por quien ahora sentía profunda indiferencia.

Muchas veces, Evelyn había recordado con tristeza al hombre que gemía en la cárcel purgando un delito que no había cometido. Lo recordaba, no con remordimiento, pues ella no sabía lo que era esto, sino con dolor de criatura enamorada.

Y no había parado hasta conseguir, por me-

dio de influencias, que enviasen a John a la mina.

Sería su chófer... y, seguramente, su amante. Ella estaba decidida a que lo fuese.

Y ahora se arreglaba ante el tocador para que John la encontrase muy hermosa.

Su amiga Selma le dijo, al verla tan elegante:

—¿Espera usted a alguien, señora Mortimer?

—Sí... espero al hombre de que te hablé... aquel día que me confió a ti.

Le había contado una vez el amor que sentía por John, aunque omitiendo, naturalmente, que ella era la culpable de lo que sucedía.

Selma, moviendo la cabeza, murmuró:

—Evelyn, está usted jugando con fuego... ¡Vaya con cuidado!

—¡Oh, no tengo miedo alguno!

—Sin embargo, su marido...

—El no sabe ni sospecha nada. Y mi situación es bien segura. Al quedar viuda pasé dos años en París y el escándalo no llegó a este rincón del Estado.

Entró Mortimer y la enfermera desapareció.

En la calle vió Selma a John, que esperaba ante el automóvil.

El muchacho contempló sonriente a la enfermera, quien le causó una grandísima impresión. ¡Qué rubia tan espléndida!

Pero ella abarcó con mirada desdeñosa al joven que tanto interesaba a la señora Mortimer y siguió lentamente su camino.

Mortimer le decía, entretanto, a Evelyn:

—El chofer que querías está aquí.

Brillaron los ojos de ella con relámpago de alegría.

—¿Ya?

Corrió a acicalarse aún más, mostrándose radiante y espléndida.

Mortimer la miró extrañado y le dijo:

—Desde que te conozco ésta es la primera vez que te veo interesada por arreglarte.

Ella hizo un mohín ambiguo.

—¿Qué quieres? En este rincón de mundo una se olvida de todo.

—Vamos, te presentaré al chofer.

Mortimer avanzó primero y, llegando a la calle, le dijo a John:

—No permitas nunca que guíe mi mujer. Es demasiado temeraria.

—Bien, señor.

Evelyn apareció en aquel momento.

Ella le contempló fijamente, con un interés amoroso.

Y la sorpresa de John al ver a la mujer culpable de su infortunio fué incalculable.

Retrocedió contra el coche, casi asustado de que el destino le pusiera ante la criatura cuya intervención había destrozado su existencia.

Procuró disimular, ocultar la terrible inquietud que le envolvía.

Mortimer, sin reparar en nada, dijo:

—John Ogletree, esta señora es mi esposa. Obedece sus órdenes.

Evelyn le sonrió y el presidiario se quitó la gorra de uniforme.

Los Mortimer subieron al coche, y John, como un autómatas, se puso ante el volante y guió hacia la mina.

Su corazón temblaba, sentía como un nudo en la garganta. El destino ponía de nuevo ante él a aquella mujer.

Por el camino, Evelyn dijo a su esposo, contemplando el uniforme de John:

—¿Es de obligación que este hombre vista la ropa del presidio cuando me lleva a alguna parte?

—Vístele como quieras—dijo él con indiferencia—. Es un número, no un hombre.

Llegaron a la mina.

Mortimer se despidió de su esposa y Evelyn quedó sola en el "auto" con John.

Este temblaba. ¿Qué iba a suceder?

Ella, con voz muy dulce, le dijo:

—Regrese a casa...

Llegados allí, Evelyn ordenó a John que entrase. Y el muchacho, con el alma atormentada por el dolor, la siguió con pasos inciertos.

John contempló a Evelyn, cuya belleza era todavía más espléndida e incitante. Mas, a pesar de ello, el ligero amor que alguna vez sintiera por aquella mujer, había desaparecido por entero. ¡Ah, por ella se veía así!...

Viéndole tan severo y triste, ella le preguntó con suavidad:

—¿Es que no piensas dirigirme la palabra, John?

—Nada tengo que decir—respondió él severamente.

—Después de todo, nos amábamos!

—¡No... no!...

La mujer apuntó una sonrisa irónica.

—Motivos te sobran para odiarme, John... pero fui débil... tuve miedo...

—¡Bah! ¿Miedo? Yo nunca quise acusarte... preferí callar... Pero esperaba que tú vinieras a salvarme. Una palabra tuya habría implicado mi libertad... y la hubieras podido decir sin comprometerme... No lo hiciste... huiste... te casaste de nuevo y ¡olvidaste!

—¡Pobre John! ¡Fui una ingrata, pero haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte!... ¡Por eso estás aquí!

—Ya me chocaba a mí que me hubiesen transferido del penal aquí! —dijo John, apartándose de ella como si le repugnara su aliento.

—¡No te vayas aún, John! —dijo la mujer reteniéndole—. ¡Me he equivocado al casarme con Mortimer! ¡Ni un solo momento he dejado de pensar en ti!

Y sus labios se acercaron a los suyos, pronto a darles un rubioso beso; pero él se apartó.

En aquel momento apareció Mortimer, quien en otro automóvil había regresado de la mina.

Evelyn apartose bruscamente de John y ordenó a éste que se marchase.

No dejó de extrañarle a Mortimer que John hubiese subido a la casa, pero no aludió para nada a ello.

Evelyn dijo al chofer:

—Necesitaré el coche por la mañana. Téngamelo preparado.

John saludó y alejose.

Evelyn se reclinó en el hombro de su esposo y dijo, sonriente:

—Es buen muchacho ese chofer. Hemos hecho una buena adquisición.

Y reía con felina perversidad mientras Mortimer fruncía el ceño.

En la mina se trabajaba noche y día.

Aquella noche, como de costumbre, descendió el turno de reclusos a las entrañas de la tierra... a cuatrocientos metros de profundidad.

"Brincos", uno de los presidiarios, era el hombre de confianza de Keller, "El Sanguinario".

Brutal y canallaesco, obligaba a marchar a latigazos a los forzados.

Selma, la enfermera, se hallaba en uno de los corredores de la mina presenciando la entrada de los trabajadores. Cerca de ella se hallaba John, feliz por no ser de los condenados.

Selma indicó a uno de los reclusos, que tenía la cabeza herida.

—Este hombre debería estar en la lista de enfermos —dijo a "Brincos".

—¡No tiene nada! ¡Al infierno!—rugió el malvado, furioso.

Y a porrazos obligó a seguir al infortunado. Quedó Selma contemplando con piedad a tanto humano triste.

John, que por curiosidad había descendido a la mina, murmuró:



—*Motivos te sobran para odiarme, John.*

—¡Pobres diablos!

—¡Al menos no son cobardes!—dijo Selma.—¡Purgan sus faltas como hombres!

Y miró con cierta antipatía a John, a quien creía íntimo amigo de Evelyn, ya que, gracias a la protección de ella, se había librado de ir a la mina.

"Brincos" acercóse a John y le dijo:

—¿Qué hace ahí ese "pollo litri"? ¿Va a abrir un salón de belleza?

John, enérgico, quiso pegar al miserable; pero Gil, un viejo recluso, lo apartó cariñosamente y al propio tiempo dió el pecho a "Brincos", que se disponía a repeler con el látigo la agresión.

—"Brincos"—le dijo—, este muchacho es mi compañero. ¡Déjalo en paz o te mato!

El camalla alejóse reñufando y John marchó con su defensor, no sin antes haber dado una mirada de lánguido cariño a la enfermera Selma.

Así pasó una semana.

Unos cuantos días de sol y de aire libre habían hecho que John Ogletree mirase el mundo con mejores ojos. Ya no llevaba el odiado uniforme; vestía de chofer.

Todas las mañanas salía en automóvil con Evelyn. Esto sí que para él significaba un suplicio. Debía repeler las insinuaciones de ella, que quería reanudar un amor que no había existido nunca.

Un día fueron a unos cercanos bosques. Evelyn bajó del coche y obligó a John a seguirla, yéndose ambos a una cueva abierta en plena montaña.

Ya allí, la perversa mujer puso a contribución todos sus ardidés de belleza y seducción para conseguir el amor de aquel hombre, pero digno y noble, John, que sentía una gran repugnancia por la criatura que así olvidaba sus

deberés, salió de la cueva sin querer escucharla.

—Evelyn—le dijo él—, esto debe terminar. Sólo podría acarreararnos mayor desgracia. ¡Es preciso que no volvamos a vernos juntos... ah!

—¿A quién tienes miedo? ¿A mi marido? No se preocupa más que de sus minas. Tú y yo nos podemos amar sin peligro alguno.

—¡No, no! Estoy pagando a muy alto precio el haberte deseado antes. ¡No hay amor donde el honor no existe!

Y rechazó con energía a Evelyn, que pretendió estrecharse en sus brazos.

Al verse repelida, el odio siguió rápidamente al amor.

—¡Necio!—le dijo furiosa—. ¡Y yo que te había querido para hacerte olvidar tus penas! ¡Loco! ¡Te odio!

El inclinó la cabeza.

—Diré a Mortimer que me insultaste—siguió diciendo—. ¡En lo sucesivo trabajarás en la mina!

Y corrió furiosa al automóvil, poniéndose ante el volante e impidiendo a John que lo guiase.

El "auto" partió a una velocidad espantosa y en vano John quiso moderar la marcha.

—Pero Evelyn, no sea usted así. ¡Yo quiero explicarle!...

—¡Miserable!—gritaba ella—. ¡Ya verá cómo me vengo de usted!

Mas, de pronto, el coche patinó al dar una vuelta y cayó sobre uno de sus costados.

Del brusco choque resultó Evelyn desvaneci-

cida y John con ligeros rasguños en la cara.

El joven, olvidando el daño que quería causarle aquella mujer, la cogió amorosamente en brazos y la llevó a la mina, a la sección de enfermería, donde se hallaban Selma y un médico.

Ese curó de primera intención a la señora Mortimer.

No tardaron en llegar Mortimer y Keller, enterados de lo sucedido. El médico tranquilizó al marido:

—Nada serio. Se trata solamente de una sacudida violenta.

John se hallaba en un rincón de la estancia. En su alma se agitaban mil pensamientos confusos.

Mortimer acercóse a la mesa donde reposaba su mujer. Esta hablaba con los ojos cerrados.

El esposo la oyó, horrorizado, murmurar esas palabras:

—¡John, amor mío, perdóname!

Mortimer contempló, espantado, a Evelyn. ¡Horrible revelación! ¡Ah, maldita!

Selma, que estaba al lado de Mortimer, comprendió la imprudencia de aquellas palabras y dijo:

—Delira... a consecuencia del choque... Mañana estará perfectamente.

—Sí... ya veo—musitó Mortimer con terrible sonrisa.

John salió a su encuentro y le preguntó:

—¿Cómo se encuentra la señora Mortimer?

—Lo bastante bien para hablar—dijo con amenazadora entonación.

Ordenó que John no se moviera de allí hasta nueva orden y fué a hablar con Keller, "El Sanguinario".

Este le traía noticias. Mortimer, al sorprender el primer día a su esposa con el chofer, quiso hacer averiguaciones y encomendó de ello a su secuaz.

Y éste le decía ahora:

—El director del presidio me ha confesado que fué su esposa quien pidió que trasladaran aquí a John Ogletree.

—¡Ah, me lo temía!

Los dos se dirigieron al despacho. Ya en él, Mortimer dió instrucciones concretas a su encargado.

—Keller, debes exprimir la sangre de ese hombre... Hazlo de un modoento... seguro... y doloroso... Pero evita comprometerlos, por si algo ocurriera.

—Confíe en mí, que todo irá a las mil maravillas.

Y horas después comenzaba para el desventurado John el terrible tormento de extraer carbón de las minas...

Por orden de Keller fué llevado a las profundidades de la mina a reunirse con sus compañeros y a extraer como ellos diez toneladas diarias.

Y el inocente se vió de pronto sumido en la terrible, en la negra prisión de la mina.

¡Ah, maldita Evelyn! Atribuía su castigo a aquella mujer y la maldecía con toda su alma. Y, sin embargo, esta vez la enamorada era inocente de lo que le sucedía.

A la otra mañana, después de haber pasado una noche terrible arrancando mineral, el desgraciado John Ogletree volvió a la superficie de la tierra para descansar unas breves horas.

¡Cómo había cambiado en una sola noche! Su cuerpo, sucio, se encorvaba bajo el peso del sufrimiento. Sus manos estaban ensangrentadas del continuo esfuerzo de arrancar bloques de carbón.

¡Era como un pelote, como un muñeco!

Evelyn estaba ya restablecida y paseaba en aquel momento con su marido por el patio.

Estaba preocupada ante la ausencia de John. ¿Dónde estaba el chofer?

Vió de pronto a un grupo de presidiarios y, entre ellos, a John. ¡Pero cuán distinto de como lo conoció antes! Sucio, desarropado, envejecido como los demás.

John, al verla, rechinó los dientes. Y, acercándose a ella, le dijo ferozmente:

—Bueno, ¡ya estoy extrayendo carbón!...

¡Mira!

Y le mostró sus pobres dedos sangrientos.

—¡John!...

—¡Estarás satisfecha! ¡No han tardado en cumplirse tus órdenes! ¡No tendrás de qué quejarte!

Mortimer sonreía y Evelyn, loca de dolor, no acertaba en la palabra precisa para defenderse.

—No, no!...

Uno de los carceleros ordenó a John que se alejase de allí y el mártir siguió su camino.

Poco después, Selma salió al encuentro de John.



Ordenó que John no se moviera de allí.

Sintió repentinamente por él un gran aprecio; le veía trabajar, sufrir, y ella pensaba que ocurría esto por no haber cedido a las insinuaciones de Evelyn.

¡Cuán hombre le consideraba ahora!

—¡Venga usted!—le dijo—. ¡Yo curaré sus manos!

Y el desdichado, para quien aquella mujer era como luz de pureza, la siguió emocionado, pálido por el sufrimiento.

Ella curó y lavó las heridas de la piel, la sangrante carne viva. Y se las vendó con devoción.

—¡Pobre, pobre!—repetía—. Siento mucho haberle juzgado mal.



—¡Ya estoy extrayendo carbón!... ¡Mira!

—Bendigo todo esto por haber hecho que usted cambiase de opinión—dijo él.

Quedaron hablando y tejendo con amorosa ilusión el hilo sutil de un ensueño.

Mientras tanto, los Mortimer habían vuelto a su casa. Y el marido decía a su mujer, vién-

dola dolorida por el anterior espectáculo:

—¡A mí no me engañas, Evelyn! Tú, deliberadamente, preparaste su traslado aquí para tenerle cerca...

Ella no negó; guardó silencio.

—Voy a darle su merecido. Tu castigo será verle sufrir—gritó el feroz esposo.



—¡Siento mucho haberle jugado mal!

—Pero si él no ha cometido falta ninguna! ¡La culpable soy yo!

—¿Por qué le defiendes?

—¡Porque le amo!—gritó, loca de desesperación.

—¿Le amas?

Y su puño cayó como una maza sobre los labios de su mujer: ¡Maldita!

Salió veloz, consumido por feroces celos, y con ansia exterminadora.

Llamó a Keller y le dijo:

—¡Acaba con John! ¡Hazle que reviente!

Quería aniquilarle, verle morir...

Y allá, en la habitación, Evelyn lloraba el doble suplicio del amor y del odio.

Keller sabía hacer bien las cosas. Llamó inmediatamente a "Brincos", su hombre de confianza, y le dijo:

—"Brincos", encárgate de mermar el carbón que extraiga Ogletree.

—¿Por qué?

—Así tendré que castigarlo, ¿comprendes?

—No digas más...

Y el ruán se dispuso a comenzar su obra.

Al siguiente día, Evelyn fué a ver a su amiga Selma. Sabía que ésta había curado las manos malheridas de John.

—Vengo a hablarte de John—le dijo.

—¿Por qué de ese hombre? ¡A ti te está vedado el saber de él!—le dijo Selma, celosa.

Evelyn respondió, desesperada:

—No se trata de mí, Selma; únicamente pienso en él.

—¿Qué ocurre?

—Su vida está en peligro... y debe tratar de huir... Mi marido trama algo contra él.

—¡Oh!

Y a la dulce enamorada casi le saltaron los ojos.

John sabe dónde está la cueva—siguió diciendo Evelyn—. Voy a dejarle allí ropa y dinero. ¡Díselo!

—¡No, yo no puedo hacer esto!—decía Selma, temerosa.

—Tienes que ayudarme, Selma. ¡John es inocente del crimen por el que se le condenó y yo debo salvarle!

Superponiéndose a los celos que le inspiraba la rival, accedió a todo.

—¡Iré a avisarle para que huya!—dijo.

Despidióse de Evelyn y corrió al patio, donde comenzaban a salir los reclusos después del terrible trabajo de las minas.

John iba al lado de Gil, su viejo compañero. Los dos habían arrancado diez toneladas a la tierra.

Selma llegó al joven y le dijo:

—He venido a prevenirle, John. Mortimer trama algo contra usted. ¡Tenga cuidado!

John, sorprendido, nada contestó; pero Gil rugió, alzando amenazador los puños.

—¡Que se miren mucho cómo tratan a mi compañero; de lo contrario, me sobran arrestos para hacer una sonada!

Selma y John anduvieron unos pasos y ella dijo a su amigo en voz baja:

—Evelyn se ha enterado de que usted está en peligro y quiere que trate de huir. Hay dinero y ropa en la cueva.

—¡Prefiero pasar aquí la vida entera, Selma, antes que aceptar auxilio de esa mujer!—respondió con noble dignidad.

Selma le miró con emoción. Y (cuán mal le había juzgado ella! ¡Aquel hombre no aceptaba favores de Evelyn! ¡Qué digno era!

Un capataz ordenó a John que se presentase en la Dirección inmediatamente. Y allá fué el mozo.

Keller estaba ante una mesa, sonriendo. La combinación de "Bríncos" se había llevado a cabo. Se mermó una parte del carbón que John había extraído.

Mortimer se hallaba ante una ventana.

Keller miró severamente a John y le dijo:

—John, todos los que trabajan en esta mina tienen que sacar diez toneladas diarias de carbón y tú no eres una excepción.

—Lo sé... y las saco cada día—respondió el joven firmemente.

—¡No mientas! Las notas indican claramente que te faltaron cuatro toneladas.

—¡No es verdad! Yo he trabajado como los otros! ¡Ah, entre todos queréis perderme!—gritó el joven.

Vió a Mortimer, que sonreía de modo malvado, y le gritó:

—¡Yo trabajo como todo el mundo!

—Lo que tú eres es un vago al que hay que escarmantar—dijo Mortimer.

—¿Me insultas?

Pretendió agredirle, pero acudieron varios hombres, separándolo.

—¡Llévenle al *patio de recreo*!—gritó Mortimer.

Y cuatro forzados cogieron al desdichado John y le llevaron a un patio donde se daba tormento a los que tenían que sufrir algún castigo.

Enfaron a John en tierra, obligándole a desnudarse de cintura para arriba. Y el mismo Keller, armándose de su ferrada cinta, comenzó a pegar contra la espalda de John, imprimiendo en ella largas rayas de sangre. Más de cincuenta golpes le propinaron al infeliz.

El malvado Mortimer quiso que su esposa presenciase de lejos el terrible drama, a tiempo que la decía riendo:

—No pareces disfrutar mucho del espectáculo que te proporciona.

—¡Ah, mal hombre!

—¡Mala mujer!

Gil había visto también el feroz suplicio. ¡Y qué deseos de muerte le invadieron!

Luego, por la noche, cuando él y sus compañeros curaron en el dormitorio la espalda ensangrentada de John, Gil dijo entre blasfemias:

—No pienses más en tu dolor, muchacho. Lo de hoy no volverá a repetirse. Lo dice el viejo Gil... Tengo un plan para poner término a tanta barbarie...

Poco después escuchóse la voz del carcelero:

—¡Fuera luces!

Y los presos se desnudaron rápidamente, metiéndose en sus camastros. Cinco minutos más tarde reinaba ya la oscuridad.

Gil velaba entre sombras. Cuando vió que todos estaban dormidos se levantó, cogió su linterna de minero y dijo, viendo a John que reposaba pesadamente:

—¡Se acabaron los cintarazos, hijo! Voy a libraros a todos de estos miserables. He oído una voz que me dice: ¡Castígalos! ¡Destruyélos!

Encaramóse por el techo y salió por una pequeña ventana. Ya en el exterior, prendió fuego y poco después, el edificio, que era de madera, ardía por los cuatro costados con increíble rapidez.

Despertaron los reclusos, medio asfixiados por el humo, pretendiendo buscar la salida.

Las llamas salían por las ventanas, llenando de alarma la mina. El pabellón de dormir era pasto del voraz incendio.

Mortimer, con Keller y sus hombres, acudió a abrir a los reclusos y les obligaron a permanecer en un patio bajo la vigilancia de los guardianes.

Pero John, entre el fragor del incendio, había quedado en el dormitorio y buscaba desesperadamente a su amigo Gil.

—Gil, Gil!—decía buscando por las camas, rojas por el fuego.

Y, de pronto, descubrió su cadáver en el techo. ¡Pobre amigo!

Mortimer había llegado hasta la puerta y, viendo solo a John, la cerró con llave. ¡Ah, maldito! ¡Allí se achicharraría como la cera!

Y, alegre por haber suprimido de golpe a su rival, se dirigió a otro de los patios, donde estaba su mujer.

Momentos después, el pabellón se desplomó. Por fortuna, John había podido salir por una abertura y, viéndose libre, descaído huir de aquel infierno, se dirigió desesperado en dirección a la cueva.

Mortimer decía entretanto a su esposa, señalando las ruinas humeantes:

—¿Allí queda John? ¡Tu amor ha desaparecido!

—¡No, no!—rugió la desesperada mujer.

Y, llevada por extraña inspiración, corrió por la carretera hacia la cueva.

Selma, que presenciaba toda aquella escena, siguió, apenada, el mismo camino.

Evelyn llegó al refugio y comenzó a gritar:

—¡John! ¡John!

Y el muchacho, que se había proporcionado buenas ropas, salió de la cueva.

—¡John!—suspiró ella—. ¡Huye de aquí! ¡Sálvate! ¡Esto es un infierno! ¡Pero llévame a mí contigo!

—¿A ti? ¡No, no!

—¡John, te juro que no fui yo quien te llevó a la mina! ¡Ha sido él! ¡Mortimer!

—¡Lo creo! He visto cómo me encerraba hace poco. Es capaz de todo. Pero contigo no puedo marcharme, Evelyn. Es cruel confesártelo, pero no te amo...

En aquel instante llegó Selma y el joven se echó en sus brazos.

—¡Soy libre, Selma! ¡Libre, al fin!

Evelyn lloraba. ¡Pobre amor!

Selma acarició al desdichado y le dijo dulcemente:

—¡Aun no, John! ¡Te falta rehabilitarte!

—¡No hagas caso!—gritó Evelyn—. ¡Aprovecha esta libertad! ¡Bastante has sufrido ya! ¡Quiero que te salves, aunque sea... sin mí!

Selma insistía:

Como fugitivo nunca serás feliz. Te verás perseguido hasta el fin de tu vida. Presentate al gobernador. Conoce bien tu caso...

—Pues bien, me marcho. ¡Cumpliré con la sociedad!—gritó el joven.

Y, prescindiendo de Evelyn, alejose rápidamente en dirección a la casa del gobernador. Detrás de él fué Selma. Y sola quedó Evelyn, llorando su infortunio.

Horas después, John volvía, entre cadenas, al presidio. Le conducía un inspector.

Mortimer y Keller vieron llegar al recluso, al que creían muerto, y en su rostro se pintó la más viva sorpresa.

—Este preso huyó—dijo el inspector—. A usted le toca imponer el castigo, señor Mortimer.

—Cuarenta latigazos!—rugió el malvado.

Varios hombres se apoderaron del infeliz y le tumbaron en tierra. Keller, con su cinta, comenzó a descargar golpes sobre la espalda de John.

Instantes después, apareció en un automóvil el gobernador, iba acompañado de Selma, que antes, junto con John, había hablado con el gobernador.

Ambos avanzaron hacia el lugar del suplicio y Mortimer intentó explicar al gobernador su conducta.

—Se le está castigando. Es un presidiario fugado.



—había hablado con el gobernador...

—Ha concedido el perdón a John Ogletree — dijo el gobernador — al verle tan bueno y teniendo en consideración su conducta; pero le luce volver aquí encadenado para ver por mí mismo lo que ocurría.

En vano Mortimer y Keller intentaron disculparse; pero el gobernador agregó, furioso:

—Tratan ustedes como negreros a los presos. Lo sospechaba. ¡Y esto se ha acabado! ¡Quedan ustedes detenidos!

Llegó Evelyn y, apoderándose de la cinta de Keller, comenzó, loco de furor, a azotar a su marido.

Tuvieron que apartarla de allí porque, de lo contrario, mata a Mortimer a ciarrazos.

Más tarde, Mortimer y Keller, encadenados, eran conducidos a la cárcel.

Y también salían de la mina, encadenados... por el amor, Selma y John.

El gobernador dijo a John:

—Su dolor, señor Ogletree, no ha sido en vano. La cesión de presidiarios para trabajos forzados en este Estado será abolida...

Marcharon los enamorados hacia la nueva vida libre. Evelyn quedó sola, pero partiría pronto también... Se iría a Europa a olvidar el amor irremisiblemente perdido.

F I N

Pida usted la
gran novela:

El Angel de la Calle

Esta semana:

Número Almanaque

de

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

para

1929

Alarde de buen gusto artístico y literario,
como todos los años

Regalo de un lujoso álbum para coleccionar
los postales de L. N. S. C. de 1928

27-42 29-4-1928

[B.]

